

LA CIENCIA DE LA HISTORIA: MAS ALLA DEL MITO LEGENDARIO Y DE LA FICCION NOVELADA

Enrique Moradiellos

Profesor de Historia Contemporánea. UEX.

Las explicaciones sobre el origen y evolución de las distintas formas de la sociedad humana han sido constantes y muy divergentes a lo largo de los tiempos: relatos míticos, genealogías legendarias, cosmogonías religiosas, ficciones noveladas, etc. Desde su constitución como ciencia humana, hace ya casi dos centurias, la disciplina de la Historia se ha esforzado por elaborar un conocimiento sobre ese proceso evolutivo de las sociedades humanas de naturaleza distinta y opuesta: un conocimiento verdadero, materialmente verificable, demostrativo y crítico-racional. Para lograr su cometido, la investigación histórico-científica se fundamenta en varios principios axiomáticos que permiten discriminar de modo objetivado el verdadero pasado histórico de aquel pasado creado e imaginado por el mito y la novela. El conocimiento generado por esa investigación constituye un elemento esencial de la conciencia histórica de las sociedades actuales y representa un factor inexcusable en la tradición cultural racionalista y universal imperante en nuestra época.

Todas las sociedades humanas, en la medida en que están constituidas por agrupaciones de hombres y mujeres de diversas edades y variadas experiencias vitales, tienen un pasado colectivo que se distingue necesariamente del pasado biográfico individual de cada uno de sus miembros. No en vano, en cualquier sociedad, el nieto que convive con su abuelo sabe que éste fue nieto a su vez en un momento anterior y recibe a su través el bagaje de ideas, valores y ceremonias legadas por ese pasado que él no experimentó en primera persona. El conocimiento, recuerdo y valoración de ese pasado colectivo y comunitario, de esa duración como grupo determinado en el tiempo y sobre el espacio, constituye la conciencia histórica de las distintas sociedades humanas. Esa conciencia histórica, esa memoria compartida sobre el pasado, es así un componente decisivo del presente de cualquier sociedad humana mínimamente desarrollada, de su sentido de la propia identidad, de su dinámica social, de sus instituciones y tradiciones y

de sus relaciones con el medio físico y otros grupos humanos circundantes.

La posibilidad de desconocer u olvidar totalmente ese pasado comunitario es una grave falta para cualquier miembro individual del grupo humano y constituye un claro riesgo para la propia salud del cuerpo social y su capacidad de preservación y continuidad. El político y escritor Marco Tulio Cicerón, ya en el siglo I de nuestra era, advirtió a sus compatriotas romanos al respecto con palabras certeras: "Ignorar la historia es como permanecer siendo un niño toda la vida". En igual sentido, el historiador francés Pierre Vilar anotó más recientemente: "Una humanidad global o parcial- que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico".

Para preservar íntegra esa conciencia histórica particular y evitar su caída en el olvido, las sociedades humanas han generado muy distintas formas e instrumentos de recuerdo y conmemoración. Ese papel cumplen, por ejemplo, los relatos orales en las

A pesar de que la omnipresencia de la religión durante los siglos de la Edad Media supuso un relativo retroceso (que no desaparición) del cultivo de la historia secular e inmanentista, la época del Renacimiento vio restablecer la tradición historiográfica clásica con nuevos bríos. De hecho, la historiografía renacentista fue beneficiaria de un nuevo sentido de la perspectiva histórica que concedía la debida atención a las circunstancias de espacio y tiempo gracias a la labor de la erudición crítica textual y documental. La cristalización de esa nueva perspectiva fue resultado del estudio de los textos de autores clásicos redescubiertos y de la solución dada a los problemas planteados por su interpretación y traducción del griego y latín a lenguas vernáculas. El humanista italiano Petrarca fue quizá el primero en transitar la vía de la crítica histórica erudita al denunciar como fraudulento el pretendido pergamino de Cayo Julio César en el que se cedía a la familia Habsburgo la jurisdicción y soberanía sobre los territorios de Austria: "¿Quién no aprecia cuán falso y ridículo es que Julio César se llame a sí mismo Augusto? Creí que todos los escolares sabían que ese título sólo comenzó a ser utilizado por su sucesor (Octavio Augusto)".

Sobre la base de los avances de la erudición crítica textual en la época moderna, y al compás del movimiento de la Ilustración durante el siglo XVIII, el género literario historiográfico de tradición clásica fue convirtiéndose progresivamente en una verdadera disciplina científica, en una ciencia humana o social. Esa transformación operada entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX tuvo como protagonista esencial

a la escuela histórica germánica, cuyas principales figuras fueron Barthold G. Niebuhr y Leopold von Ranke. De hecho, en el seno de dicha escuela se produjo por vez primera la confluencia y fusión entre dos corrientes hasta entonces separadas y sólo ocasionalmente vinculadas: la tradición historiográfica clásica, que se había preocupado por escribir sobre los avatares históricos con veracidad y elegancia discursiva, y la erudición crítica documental, que se había centrado en el análisis crítico filológico y compositivo de los documentos históricos con la voluntad de establecer su autenticidad, sus interpolaciones y su cronología exacta. Buena prueba del divorcio existente hasta entonces entre ambas tradiciones es el episodio protagonizado por el padre Daniel, historiógrafo oficial del rey Luis XIV, a quien se le había encomendado escribir una historia del Ejército francés a principios del siglo XVIII. Fue introducido en la biblioteca real para mostrarle miles de volúmenes que podrían serle útiles en su tarea y, tras consultar algunos de ellos durante una hora, declaró con suficiencia: "todos esos libros eran papelería inútil que no necesitaba para escribir su historia".

La fusión de ambas tradiciones lograda por la escuela histórica germánica y muy pronto asumida por las restantes escuelas históricas de Europa supuso la configuración de una nueva historiografía científica cuya práctica respetaba tres principios gnoseológicos axiomáticos inexcusables que se consideran definitorios de la disciplina histórica todavía en la actualidad. De hecho, la ausencia o contradicción de algunos de estos principios básicos sirve como criterio de dis-

◆◆
*La concepción del pasado
 que ofrece la
 investigación histórica
 es radicalmente diversa
 a los relatos míticos y
 ficciones noveladas*
 ◆◆

crimación entre la historia científica y los relatos sobre el pasado de naturaleza mítica, religiosa o novelesca.

El primero de tales axiomas es un principio semántico de naturaleza crítica y pragmática. A tenor del mismo, el contenido del relato y narración histórica debe estar apoyado y soportado sobre pruebas y evidencias materiales que sean verificables, cotejables y comprobables empíricamente por los diversos investigadores. Por tanto, toda obra histórica, con independencia de su estructura narrativa, debe articularse a partir de fuentes de información que son reliquias y testimonios del pasado finitas y fragmentarias pero disponibles en nuestro tiempo y susceptibles de estudio, observación y análisis: documentos escritos, restos arqueológicos, monedas e instrumentos materiales, monumentos y ceremonias, cuadros o fotografías, etc. Sobre la base material y primaria de estas reliquias y testimonios del pasado, el historiador, gracias a un procedimiento hermenéutico, a un método de inferencia lógica e interpretativa, construye su re-

jato sobre el pasado histórico que trata de servir como contexto explicativo a esas reliquias y que no puede ser arbitrario ni caprichoso porque está limitado por las pruebas disponibles y su grado de coherencia con el conocimiento acumulado por otras investigaciones. Las reliquias materiales son, así pues, la base finita y limitada sobre la que el historiador inicia su investigación y el criterio al que acudirá para demostrar la necesidad, veracidad y coherencia de los resultados a los que llega en su investigación y en su narración correspondiente. Por tanto, no puede haber conocimiento histórico de hechos y procesos pretéritos de los que no se conserven huellas en la actualidad: *Quod non est in actis non est in mundo*.

El segundo axioma que regula la moderna práctica histórica científica es el llamado principio determinista genético (o de negación de la magia y exclusión de la generación espontánea). En virtud del mismo, se postula que cualquier acontecimiento humano surge o emerge necesariamente a partir de condiciones previas homogéneas y según un proceso de desarrollo interno, inmanente y secular. Por tanto, resulta imprescindible en la labor de interpretación y explicación histórica suponer que hay una concatenación interna del proceso evolutivo de las sociedades humanas y buscar las causas y razones del mismo en ese orden humano y en su misma escala. El corolario de este cierre del campo de inmanencia determinista es igualmente necesario: descartar la intervención de causas, factores o motivos exógenos en el devenir del curso de los procesos humanos, como pudieran ser la Divina Providencia, la influencia de las conjuncio-

◆◆

*Todas las sociedades
humanas tienen un
pasado colectivo que
se distingue
del pasado biográfico
individual de cada
uno de sus miembros*

◆◆

nes astrales, la voluntad de seres extraterrestres anónimos e innominados, o el mero azar absoluto y caprichoso. En consecuencia, el relato histórico científico tiene que limitarse a establecer vinculaciones y conexiones genéticas (de carácter causal, aleatorio o probabilístico) entre los acontecimientos y procesos dentro del propio ámbito material de la historia humana y no puede albergar ni siquiera como posibilidad última la intervención de factores exógenos inefables, innombrables o insondables.

El tercer y último de los axiomas constitutivos de la ciencia histórica es el llamado principio de significación temporal irreversible. En otras palabras, la investigación y la narración histórica tiene que respetar la llamada "flecha del tiempo": la naturaleza direccional y acumulativa del paso del tiempo en sentido necesario de pasado a futuro y sin bucles, círculos o regresiones azarosas. Esta novedosa concepción temporal, surgida de la revolución científica y

tecnológica del siglo XVII y expandida al compás de la Ilustración en el XVIII, implica la negación y superación de otras concepciones sobre el fluir del tiempo dominantes en la historia hasta entonces. Por ejemplo, la concepción estática del Presente Eterno que suponía la inmutabilidad y eternidad de las condiciones de existencia social y natural. O la concepción cíclica del Eterno Retorno, derivada del curso de los ritmos orgánicos naturales y siempre recurrentes (sucesión del día y la noche o de las estaciones, regularidad de salida y puesta del sol, etc.). El principio de significación temporal convierte a la cronología (la medida del paso del tiempo) en un vector y factor de evolución histórica irreversible e impone la exclusión de cualquier anacronismo (incompatibilidad de momentos temporales diferentes) o ucronía (ausencia de coordenadas temporales) en las interpretaciones y narraciones elaboradas por la historia científica.

En definitiva, la concepción del pasado que ofrece la investigación histórica en forma narrativa es de naturaleza radicalmente diversa a los relatos míticos y las ficciones noveladas. Pretende ser verdadera y no arbitraria o caprichosa; verificable materialmente y no improbable; causalista e inmanente y no fruto del azar o de fuerzas inefables e insondables; racionalista y no ajena a toda lógica; crítica y no dogmática. Si bien la historia científica no puede "pre-decir" acontecimientos (en todo caso, "post-dice") ni proporcionar ejemplos de conducta infalibles, sí permite realizar tareas culturales inexcusables para la humanidad civilizada y desarrollada: contribuye a la explicación de la génesis, estructura y evolución de las socieda-

des presentes y pretéritas; proporciona un sentido crítico de la identidad operativa de los individuos y grupos humanos; y promueve la comprensión de las tradiciones y legados culturales que conforman las sociedades actuales. Y al lado de esta practicidad positiva desempeña una labor crítica fundamental respecto a otras formas de conocimiento humano: impide que se hable sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación empírica, so pena de hacer pura metafísica pseudo-histórica o formulaciones arbitrarias e indemostrables. La *razón histórica* impone límites críticos infranqueables a la credulidad y fantasía sobre el pasado de los hombres y sus sociedades: constituye un antídoto y un correctivo contra la ignorancia que libera y alimenta la imaginación interesada y mistificadora sobre el pasado humano.

Precisamente, gracias a los modos operativos de la historia científica podemos discriminar el conocimiento histórico verdadero del mítico, legendario o novelesco. Así, por ejemplo, gracias al principio semántico que exige pruebas materiales verificables para sustentar una afirmación, sabemos y conocemos que el emperador Napoleón Bonaparte que vivió entre 1769 y 1821 no es un ente de ficción arbitrario como Julián Sorel, el protagonista de la novela *Rojo y Negro* escrita por Stendhal en 1829. Y por ese mismo motivo, podemos afirmar que la Roma de los Césares tiene una entidad y valor histórico de orden contradistinto al mítico Camelot del rey Arturo, puesto que las múltiples reliquias preservadas de aquélla impiden que su no-actualidad en el presente se identifique con su irrealdad e inexistencia absoluta en el

◆◆

Las ciencias históricas ejercitan una labor esencial en nuestras sociedades

◆◆

pasado. También gracias al principio determinista genético sabemos que las Pirámides de Egipto no fueron construidas por visitantes extraterrestres de inteligencia superior e inaccesible y que tampoco la conquista española de América fue el producto excelso de la Divina Providencia y su especial predilección y cariño por los Reyes Católicos. Igualmente, en virtud del principio de significación temporal, podemos detectar el anacronismo, la imposibilidad absoluta en el plano real, de que exista *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, como rezaba la novela homónima de Mark Twain de 1889. O de que una película sobre las hazañas de Atila, rey de los hunos, en el siglo V, tenga como marcos ambientales arquitecturas románicas (sólo existentes desde el siglo XI) y vestuario renacentista (del siglo XV y XVI).

Las ciencias históricas así configuran y ejercitan una labor esencial de pedagogía, ilustración y filtro crítico en nuestras sociedades: son componentes imprescindibles para la edificación y supervivencia de la conciencia individual racionalista, que constituye la categoría básica de nuestra tradición cultural greco-romana y hoy universal. Sin graves riesgos para la salud del cuerpo social, no es posible concebir un ciudadano que

sea agente consciente y reflexivo de su papel cívico al margen de una conciencia histórica desarrollada. Sencillamente, porque dicha conciencia le permite plantearse el sentido crítico-lógico de las cuestiones de interés público, orientarse fundadamente sobre ellas, asumir sus propias limitaciones al respecto y precaverse contra las mistificaciones, hipótesis y sustantivaciones de los fenómenos históricos. A la vista de los síntomas ominosos que hay en el presente escenario europeo e internacional, con su peligroso renacer del hipernacionalismo más xenófobo y del racismo más criminal y virulento, parece tanto más necesario afirmar en público la vigencia actual de la racionalidad histórica, su capacidad para discriminar objetivamente la verdad del mito histórico, y su imprescindible practicidad social y ética para nuestros tiempos y nuestras sociedades. El ejercicio de la razón histórica, por dolorosa, imperfecta y limitada que resulte, es siempre preferible a su dormición y su sueño. Aunque meramente sea porque éste, ya lo sabemos gracias al genio de Goya, no sólo produce ficción y goce estético sino también monstruos. La vigilia racionalista de la práctica histórica implantada académica y socialmente constituye tal vez uno de los grandes obstáculos que se oponen a nuevas reediciones de monstruos bien conocidos en diversas partes del mundo y bajo distintas banderas. Y por eso mismo no debe permitirse su abandono y desconocimiento en el seno de la sociedad sin la debida resistencia argumentada por parte de sus cultivadores actuales, los historiadores profesionales, y de sus futuros herederos hoy en proceso de formación: los estudiantes universitarios de historia.